

## El final de Joaquín Costa, el enfermo de la mecedora

---

VENANCIO DÍAZ CASTÁN<sup>1</sup>

Es esta una crónica de diferentes aspectos de la etapa final de Joaquín Costa, desde el 30 de octubre de 1909, en que viaja por última vez a Madrid para permanecer allí hasta principios de febrero de 1910, a sus postreros días en Graus y su fallecimiento en esa villa la noche del 8 de febrero de 1911. Durante este tiempo su mecedora cobró un especial protagonismo, afectado como estaba por el progreso inexorable de la enfermedad que padecía y que acabó conduciéndolo a una casi total invalidez.

This is a chronicle of different aspects of the final period of Joaquín Costa's life, from October 30, 1909, when he traveled for the last time to Madrid to remain there, until early February 1910, to his last days in Graus and his death in that village, on the night of February 8, 1911. During this time his rocking chair acquired a special role, as he was very affected by the inexorable progress of the disease he was suffering, and which ended up leading him to almost full disability.

En 1909 la vida transcurría en la casa familiar de Graus con extrema dificultad para Joaquín Costa. Habían finalizado ya los paseos hasta el platanar de la Glorieta y se le hacía cada vez más duro bajar desde el estudio del tercer piso al segundo. Comenta en varias cartas que se ve obligado a escribir sobre una tabla atravesada en la mecedora. Era también en esta donde lo transportaba un muchacho en sus paseos para que pudiese descansar. No le servía cualquier asiento. La mecedora poseía la ventaja de disponer de un respaldo alto para reposar la cabeza, a la vez que mediante el balanceo podía dar un impulso a su cuerpo para ayudarse en la incorporación. Ya la venía usando desde que tenía la notaría en la calle Barquillo y le era tan imprescindible que en su último viaje a Madrid, acompañado de Marcelino Gambón y Feliciano Carrera, encargó que se la enviase este último desde Graus a su vuelta.

Costa llegó a Madrid el 30 de octubre y se hospedó en el Hotel Peninsular, en la angosta calle de Los Madrazo, n.º 32. Ciges Aparicio describe el lugar como una modesta pensión cuyo piso era oscuro y con escasas condiciones higiénicas.<sup>2</sup> Allí recibía los jueves y los domingos a sus amigos y era visitado por buena parte de la intelectualidad republicana, que sentía verdadera devoción por

---

1 Médico perteneciente a la Asociación Española de Médicos Escritores y Artistas (Asemeya). vdiacastan@hotmail.com  
2 Manuel Ciges Aparicio, *Joaquín Costa, el gran fracasado*, Madrid, Espasa-Calpe, 1930, p. 225.

él, tal y como lo había demostrado el año anterior con ocasión de su declaración en el Parlamento contra la ley antiterrorista de Antonio Maura. Allí iban el joven Ortega y Gasset, Consuelo Álvarez, Miguel Moya, Domingo Barnés, Giner de los Ríos, Pedro Niembro, Blasco Ibáñez...:

¡Recuerda usted amigo Zulueta! Fuimos juntos a aquel lóbrego aposento de la calle de Los Mardrazo donde se había alojado el venerable aragonés.<sup>3</sup>

Luis Bello<sup>4</sup> se refiere al domicilio como un entresuelo de aspecto muy mezquino, muy triste, donde trabajaba con el ardor de siempre, de sol a sol. Debía sujetarse a un presupuesto máximo de 5 pesetas diarias. A esta casa de huéspedes fue a buscarlo un día el juzgado como consecuencia del proceso que le había valido la publicación de un artículo contra Maura. A su vista, los funcionarios lo trataron con suma cortesía e intentando evitarle las molestias, pero no pudieron sustraerse a su indignación.

El objeto inicial de aquel viaje era recoger datos para su última novela; sin embargo, creo que anidaba en Costa un sentimiento de intensa nostalgia de Madrid. Su carpeta está poblada de recortes de periódico sobre la vida cotidiana de la ciudad, la inminente remodelación del centro de Madrid con el trazado de la Gran Vía, sus paseos... Necesitaba del debate y la tertulia en torno a los temas candentes, y eso le quedaba muy lejos en su querido Graus, en la soledad de su frío estudio. Refiere en una de sus cartas que un día tuvo un acceso brusco de dolor en la cintura que describía como muy intenso y, por si fuera poco, sufrió una reagudización de su bronquitis crónica con tos persistente. Agradecía a la mecedora poder descansar un poco de aquella tos. Cuando iba a la biblioteca del Ateneo, que estaba a pocos pasos de su casa, daba una imagen de completo desvalimiento, pues tenía que ir sustentado por una persona a cada lado. Una de las dos sería con toda certeza su amigo Pedro Niembro, que vivía en la calle Alcalá, n.º 10.

Una visitante asidua era Consuelo Álvarez, en la que encontró la amistad de una mujer de clara inteligencia y amplia cultura. Aquella viuda de cuarenta y siete años pertenecía a la primera generación de mujeres telegrafistas, era una notable escritora y periodista que, con el seudónimo de *Violeta*, publicaba artículos en el periódico republicano *El País* y participaba activamente en las tertulias del Ateneo. En 1907 había sido admitida, junto con Carmen de Burgos, *Colombine*, en la Asociación de la Prensa de Madrid.<sup>5</sup> Iba acompañada de su hija Esther, que llamaba a Costa *el abuelito*. Este, siempre sensible a la presencia femenina, tuvo acaso una ocasión de solaz y ternura en la compañía amistosa de aquella mujer tan interesante y con tantos merecimientos. Se desprende del epistolario de ambos una relación especialmente cariñosa, y en la evocación de Violeta puede traslucirse un Costa ameno, sonriente y cariñoso, una imagen muy distinta de la que estaba dando aquellos años.<sup>6</sup>

---

3 Javier Zamora Bonilla, *Guía del Madrid de Ortega*, Madrid, Comunidad de Madrid (Biblioteca Madrileña de Bolsillo), 2011, p. 72.

4 Luis Bello Trompeta, periodista y escritor miembro de Acción Republicana.

5 M.<sup>a</sup> Victoria Crespo Gutiérrez, *Consuelo Álvarez, "Violeta": telegrafista, periodista y defensora de los derechos de la mujer*, Madrid, Fundación Rogelio Segovia para el Desarrollo de las Telecomunicaciones, 2016.

6 Violeta, "Recordando a Costa", *El País*, 21 de enero de 1911.



Joaquín Costa sentado en su mecedora en el lugar conocido en Graus como *el platanar de la Glorieta*, uno de sus lugares favoritos. (Ilustración del autor)

Y abundando algo en la inclinación de Costa hacia la mujer, especialmente la que se manifestaba culta e inteligente, añadiré que pudo disfrutar también de la amistad de Piedad Zenea, hija del poeta Juan Clemente Zenea y esposa del también escritor Emilio Bobadilla, *Fray Candil*. La prensa de aquellos días da cuenta de los elogios de Costa a la “ilustre mujer cubana que se proponía dar varias conferencias en las principales capitales europeas sobre Velázquez, Goya, el Greco, Ribera, etc.”.<sup>7</sup>

De vuelta a Graus, Costa le correspondería a una carta con fecha 7 de febrero:

D.<sup>a</sup> Piedad Zenea

Graus (Aragón. Por Barbastro) 7 Febrero [1]910

Mi querida amiga: Recibí la carta de V. echada al correo al paso de Burgos. [...] Estimé sus expresiones cariñosas y guardo el preciado autógrafo, tan caliente, tan confortador. Me parece como si la tuviese a V. delante, y más que delante, dentro.

Al día siguiente de mi llegada a esta villa recibí su segunda: una tarjeta postal (Panthéon) del 28 Enero, esta ya con dirección bien definida. [...] Desapareció V. tan inopinadamente, que ni me dio lugar a expresarle mi agradecimiento por sus obsequios tan delicados como reiterados. [...] Está

---

<sup>7</sup> *La Correspondencia de España*, 11 de enero de 1910.

V. en todo. Es V. cada vez más admirable. En tournant ces sympathies dont vous parlez, vous n'avez fait que prendre votre bien. [Confuso]

Votre amitié m'a fait grand bien: no se lo agradecería a V. nunca bastante. Tout à vous: votre dévoué J. C.<sup>8</sup>

Pero, según refiere el mencionado Luis Bello, el día de Nochebuena lo cogió en plena soledad, por lo que estaba enristecido. Cuenta que por la tarde su amigo Pedro Niembro, que iba a verlo todos los días, consiguió llevarse a su casa a un Costa invadido por llanto de agradecimiento.

A finales de enero habían transcurrido tres meses intensos y felices dentro de sus habituales dificultades, pero la enfermedad había progresado inexorablemente hacia la invalidez casi total y era preciso volver a Graus, donde al menos podía recibir el cuidado de su hermana Martina y sus sobrinas. A primeros de febrero tomó el tren en la estación del Mediodía (actual Atocha) y en un viaje que pudo tardar más de diez horas llegó a Selgua, en cuya estación le esperaba un amigo<sup>9</sup> para ayudarlo a instalarse en el tren de Barbastro, la célebre *Burreta*. Una vez en Barbastro se sintió tan quebrantado que se vio en la obligación de guardar cama un día entero en casa de sus familiares. Al día siguiente, en tartana, tomó camino a Graus, donde fue recibido por una fuerte nevada tras seis horas de viaje. Con un automóvil hubiera tardado tan solo dos horas, pero decía que no soportaba el traqueteo y además el viaje hubiera sido de noche. Por los borradores de las cartas a Pedro Niembro, Antonio Puig y Consuelo Álvarez sabemos del viento y el frío que hacía en Graus, a pesar de que al día siguiente lucía el sol.<sup>10</sup> Nuevamente se vio obligado a guardar cama varios días hasta que la tos y los dolores cedieron algo.

Se daba cuenta de que su periodo vital se estaba acabando y muchos finales de sus cartas sonaban a despedida. Pero aún le quedaba una cosa muy importante por hacer. El 21 de abril, según le comunicó a Marcelino Gambón, marchó a Selgua con la intención de pasar una temporada en la fonda de la estación. En Graus, acostumbrados a sus rarezas, pensaron que sería una más. Pero Costa tenía una hija, Pilar Antígone, cuya existencia quiso siempre mantener en secreto. Solo la reconoció oficialmente a su muerte, en el testamento, y aun entonces se refería a ella como su *hija adoptiva*. Era con María Pilar con quien se iba a entrevistar en Selgua. Aquella que de niña tantas cartas le enviaba llenas de ternura infantil tenía ahora diecisiete años. Según refiere Ciges Aparicio,<sup>11</sup> estuvo tres días con su padre, al cabo de los cuales se volvió para Barcelona con unas costosas joyas y el cariño de su progenitor, que en aquel acto se despedía para siempre quién sabe si apesadumbrado por su actitud hacia ella durante tanto tiempo. En el encuentro de ambos María Pilar le había pedido permiso para casarse con José María Ortega, un ingeniero de Barcelona. Debieron de hacerlo de

---

8 Archivo Histórico Provincial de Huesca (AHPHu), COSTA/000103/105-15(9152). Este y todos los demás documentos citados de este archivo pueden consultarse en <<https://dara.aragon.es>>.

9 Mariano Puig, tío de su amigo Antonio Puig. AHPHu, COSTA/000118/112-24(9393), carta de Antonio Puig a Joaquín Costa, 4 de febrero de 1910.

10 AHPHu, COSTA/000118/112-23(9392), carta de Joaquín Costa a Consuelo Álvarez, 7 de febrero de 1910.

11 Manuel Ciges Aparicio, *op. cit.*, p. 227.

inmediato, porque ella dio a luz a su primer hijo el 23 de enero de 1911.<sup>12</sup> La convalecencia de este alumbramiento y el oscurantismo en que la mantuvo su padre le impidieron estar presente en el momento de su fallecimiento.

Volvió a Graus el 18 de mayo, por lo que se deduce que aprovechó aquel mes en el que no salió de la fonda para meditar y descansar de tanto trabajo autoimpuesto. Luego vino el encerramiento total en su casa sin recibir a casi nadie. Los accesos de violenta cólera se volvieron a suceder como antes, y de ello surte de anecdotario Balbina Viñas,<sup>13</sup> su sobrina, a Manuel Ciges.<sup>14</sup> Su actividad intelectual se mantenía intacta, no así la física.

De esos meses que van de febrero a diciembre de 1910 se conserva correspondencia con Manuel Bescós. Costa lee y escribe compulsivamente sumido en un maremágnum de libros, prensa, carpetas y cuartillas de papel; y, sobre todo, bebe agua, mucha agua: “Parecía un hidrópico —recuerda Balbina—; siempre estaba sediento, y consumía a cántaros el agua fresca”.<sup>15</sup> Este hecho da fe de la progresiva descompensación de una diabetes diagnosticada tiempo atrás. El enfermo de la mecedora recibía aquellas cartas en las que incluso se le comunicaba un complejo proyecto literario que no estaba en disposición de afrontar. Estaba claro que quienes le escribían no se hacían cargo de su verdadera situación. Hasta que, por fin, ya no pudo más:

Graus, 15 Julio [1]1910

Querido Bescós: He resistido, me he rebelado, pero ya hoy decididamente *me doy*: ¿para qué luchar más? Mi última crisis ha venido rabiando a acabar de inutilizarme. No me ha quedado ni una chispa de potencia para el trabajo: se me dobla el cuerpo y tengo que recogerlo (*le redresser*)<sup>16</sup> a cada momento, con esfuerzo doloroso.<sup>17</sup>

En esta carta quedan perfectamente definidos los síntomas capitales de la distrofia muscular en fase avanzada que padecía, incluido el signo de Gowers, equivalente a tener que trepar sobre sí mismo en la incorporación. A partir de ese momento era ya casi obligado permanecer acostado muchas más horas y dependiente, es decir, necesitar ayuda para la alimentación y la higiene personal. A pesar de todo, apurando todos los límites de la cortesía, Costa quiso hacer lo posible para seguir contestando las cartas de los amigos.

En estas circunstancias Vicente Castán, su primo boticario, tantas veces abrazado y tantas veces denostado por él, era de las pocas personas que tenían acceso a visitarlo con libertad, como así lo hacían también sus hijas María, Pepita y Antonia. Había vuelto a su pueblo en 1908

12 AHPHu, COSTA/000055/010-13(4730), carta de José María Ortega a Tomás Costa Martínez, 10 de febrero de 1911.

13 El matrimonio de Martina Costa Martínez con Antonio Viñas Perisé tenía tres hijas: Balbina, Carmen y Pilar. Balbina, la mayor, estaba de maestra en Valcarca (municipio de Binaced) en la época que se está relatando. Luego fue maestra de Graus. He conocido a “niñas” que fueron alumnas suyas.

14 Manuel Ciges Aparicio, *op. cit.*, pp. 216 y ss.

15 *Ibidem*, p. 215.

16 ‘Enderezarlo’.

17 George J. G. Cheyne, *Confidencias políticas y personales: epistolario Joaquín Costa – Manuel Bescós (1899-1910)*, Zaragoza, IFC, 1979, p. 189.

con su mujer y sus hijos después de haber vivido casi dos décadas en Éibar. De sus memorias hay algunas páginas referentes a aquellos días:

Aburridas su hermana Martina y sus sobrinas Balbina y Pilar, rompieron las hostilidades y terminaron por separarse y abandonar al insufrible enfermo, tantos y tan repetidos eran los apóstrofes y las amenazas junto con frases que nos resistimos a consignar. En esta situación, y a fin de no dejarle abandonado, tratan con el hermano de su sobrino Ramón, casado con Carmen la hija de Martina, para que él y su mujer le atiendan durante su permanencia en Valcarca, en donde ejerce de maestra Balbina. Accede el matrimonio y empieza el cuidado.

El genio o carácter de las personas, si no cambia completamente, se modifica, o por la educación o por el amor. En el primer caso contiene los impulsos del arrebato y la razón se sobrepone al destemple de los nervios; pero cuando los años andan solos y llegan al periodo de la decadencia sin freno que los contenga, la irritabilidad se desencadena cada día con más furia y molesta el que los posee a cuantos le rodean, y la vida se hace más insoportable para el que sufre y para quienes tienen que sufrirlo. En este periodo, pues, ingresó Joaquín en el seno de una familia que, si bien le tenía alguna afección, no le ligaba ningún vínculo de parentesco, y sucedió lo que era de suponer. Los primeros días el enfermo se reprimía previendo un desastre, y los que le atendían se mostraban todo lo solícitos que les era posible. Dicen que el trato engendra cariño (no siempre); lo que sí es cierto es que el trato de ordinario engendra confianza, y que el exceso de esta es causa de menosprecio, y como no siempre está el horno para tortas, lo que no ocurrió en los primeros días sucedió en los siguientes [...] las frases gruesas siguieron a las morigeradas, los denuestos se repitieron y llegó un día en que el marido, irritado, dirigiéndose a don Joaquín se expresó en estos términos: "Esto no puede continuar, porque yo no estoy acostumbrado a tratar con cafres". Y el matrimonio se alejó para no volver a la casa del pensador [...].

Este desencuentro sucedía en noviembre de 1910 y provocó que Martina volviese de Valcarca para hacerse cargo de su hermano Joaquín. No tardaría en solicitar ayuda a su hija Carmen y a su yerno, Ramón Auset, el ebanista, hermano del anterior cuidador. En carta a Tomás Costa, que también andaba con problemas con su hermano, le decía: "Ten paciencia, que ya veo necesidades, pero también a mí me toca buena astilla a los últimos días de mi vida, los cuales hubiera podido pasar tranquilos al lado de mis hijas; pero tengamos paciencia, que esta vida es corta".<sup>18</sup>

El día 18 de diciembre por la noche Costa sufrió un ictus que le dejó paralizado el lado izquierdo. La diabetes y la hipertensión, ambas sin controlar, habían tenido una frecuentísima consecuencia. Tenemos constancia de aquellos momentos gracias a una carta de Balbina Viñas a su tío Tomás Costa, que, como es sabido, estaba distanciado de su hermano a partir de 1900. Balbina y su madre lo tenían al corriente de todos sus movimientos.

Graus a 27 de Diciembre

Querido tío: El día 18 del corriente, por la noche, notó mi madre que tío Joaquín se había quedado con parálisis en el lado izquierdo, y desde ese día se ha quedado en cama, y encima de estar así se le va la orina de una manera terrible<sup>19</sup> por estar continuamente bebiendo. No obstante de verse así no quiere a los de Baladrá,<sup>20</sup> sin haberle hecho nada, y hemos tenido que buscar un hombre para que le dé

---

18 AHPHu, COSTA/000022/040-06(2273), carta de Martina Costa a su hermano Tomás, 19 de abril de 1910.

19 Segundo síntoma capital de la diabetes.

20 Sobrenombre grausino de la familia Auset. En este caso, Ramón Auset y su esposa, Carmen Viñas.

vuelta y le ayude a mi madre a cambiarle la ropa de la cama, pues ya está completamente inutilizado, gastando al mismo tiempo un genio por verse así cual V. se puede imaginar... En cuanto a lo demás está bien, y al menor empeoramiento que notáramos le telegrafiaríamos enseguida. Según nos dijo un hijo de Gómez,<sup>21</sup> que es médico y estuvo ayer aquí a visitarle en nombre de su padre, no hay riesgo por hoy; solo es enfermedad para sufrir él y los que están a su lado. Hoy le han mandado medicinas de Barbastro.<sup>22</sup> Dudo que las tome.<sup>23</sup>

Rechazados por Costa los cuidadores, Martina se quedaba sola ante lo estremeedor del cuadro que se le presentaba. En estas circunstancias se vio obligada a tomar los servicios de un muchacho para que le ayudase a mover el pesado cuerpo de su hermano. Se trataba de Anselmo Aguilar, el chico de la botería de la calle San Vicente,<sup>24</sup> que era su sobrino. Costa vivía y dormía en el estudio de la tercera planta, en el que lograba mantenerse a duras penas con su fiera independencia, pero la incomodidad del sitio para su asistencia recomendó bajarlo a un dormitorio del segundo piso, donde le habían instalado un baño.<sup>25</sup>

Cuesta trabajo imaginar que desde el día 18, en que tuvo el ictus, hasta el 26 no recibiese asistencia médica, por mucho que rechazase ayuda facultativa. Se puede afirmar que se acercó José Vidal, médico de la familia, quien en 1894 había diagnosticado a su padre también una hemorragia cerebral con secuelas de disartria y hemiplejía derecha.<sup>26</sup> Entonces le había aplicado doce sanguijuelas en la región mastoidea y decía que no se había atrevido a sangrarlo por su afección crónica pulmonar. Es posible que algo similar quisiera hacer con el hijo, que probablemente era lo más indicado dentro de la estrechez terapéutica eficaz de la época. También estaba en el pueblo, recientemente llegado de Barcelona, donde había ejercido como interno del hospital de la Santa Cruz y San Pablo, el joven doctor José Pérez Bufill, pero no consta que tratase profesionalmente al enfermo. Costa había optado por el tratamiento homeopático de los Gómez.

La noticia se había extendido en Graus y la población se inquietaba por su estado de salud. Costa seguía teniendo crisis agudas intermitentes de dolor. Al cabo de diez días encamado habían comenzado a aparecer escaras de decúbito en los glúteos y se negaba a ser visitado por los médicos. También la prensa empezaba a informar o a desinformar con algunas indiscreciones, sin tener en cuenta el verdadero estado del enfermo. Esto motivó una carta de Vicente Castán a Julio Ariño, director del *Diario de Avisos de Zaragoza*:

---

21 Se refiere a Joaquín Gómez, hijo de Santiago Gómez, ambos médicos homeópatas en Barbastro. Santiago Gómez tenía antigua amistad con Costa y era dirigente, junto con Mariano Molina, de la Cámara Agrícola del Alto Aragón.

22 En Graus había dos farmacias bien surtidas, la de Castán y la de Muzás, pero carecían de medicamentos homeopáticos.

23 AHPHu, COSTA/000094/027-13(8007), carta de Balbina Viñas Costa a su tío Tomás, 27 de diciembre de 1910. Esta carta viene a corregir el error de Ciges Aparicio y del profesor Cheyne al afirmar en sus respectivos libros que la hemiplejía había tenido lugar el 17 de enero de 1911.

24 AHPHu, COSTA/000055/010-13(4717), carta de Martina Costa a su hermano Tomás, 14 de febrero de 1911.

25 Tomado de Ramón Auset por George J. G. Cheyne, *Joaquín Costa, el gran desconocido: esbozo biográfico*, Barcelona, Ariel, 1972, p. 156.

26 AHPHu, COSTA/000006/012-04(0481), carta del médico José Vidal a Joaquín Costa, 17 de noviembre de 1894.

Sr. Julio Ariño

Zaragoza

Mi distinguido amigo: Acababa de ver a D. Joaquín Costa cuando llegó el *Diario* con la noticia de encontrarse poco menos que en el periodo agónico. Y me sorprendió la información, porque no entrando en su dormitorio más que la familia, con exclusión de facultativos, mal pueden asesorarse de su estado si no es por pura inventiva; cierto es que está encamado desde hace algún tiempo, que no contesta a la numerosa correspondencia y telegramas que recibe, que la dolencia es ya crónica; pero conserva la inteligencia clara y lee todas las noches la prensa de Madrid y provincias; por esto es mucho más sensible que los hombres de letras contribuyan a mortificarle diciéndole que su vida ha terminado. Como no hablo por indicación suya y sí solo por lo que pueda interesar a la seriedad del periódico, espero que se aprovechará de mi consejo sin manifestar que yo le escribo. Aprovecho esta oportunidad para reiterarles las gracias por las atenciones guardadas a mi hijo, su afmo. y s. s. q. b. s. m. Vicente Castán.<sup>27</sup>

La prensa de Madrid no se hizo eco del suceso hasta el 20 de enero de 1911, un mes más tarde, fecha en la que, efectivamente, hace declaraciones José Vidal para *El Imparcial*: “padece de antiguo una hemiplejía izquierda que hace unos veinte días se agravó y le hace guardar cama, pero conserva sus facultades mentales”.

El 22 de enero recibió Costa la visita de los periodistas Antonio Zozaya<sup>28</sup> y Tomás Romero.<sup>29</sup> También fue visitado por Manuel Bescós. Por más que lo intentó, no pudo levantarse de la cama.

Parece que hubo una fuerte reacción a un artículo de Mariano de Cavia según el cual Costa estaba agonizando en Graus sin que los republicanos hiciesen nada por él. Bien, pues se pusieron en marcha para ayudar al enfermo bastantes personas: Santiago Mataix, presidente de la Sociedad Editorial de España, así como Basilio Paraíso en Zaragoza con la formación de una “lista civil”, un donante anónimo de 50 000 pesetas que no fueron aceptadas por la familia Costa, el doctor Esquerdo ofreciendo sus fincas terapéuticas de Alicante, etcétera, todo ello bajo la gestión de Miguel Moya, presidente de la Asociación de la Prensa. Se contrataron asimismo los servicios del doctor Gayarre,<sup>30</sup> especialista neurólogo de Madrid, y del doctor Royo Villanova,<sup>31</sup> catedrático de Zaragoza. Ambos llegaron a Graus el día 28 acompañados del periodista Pedro de Répide.

Tras una concienzuda exploración, dieron un comunicado a la prensa con el siguiente diagnóstico:

Don Joaquín Costa padece una amiotrofia miopática progresiva, con estado arterioesclerótico, el cual ha dado origen en estos últimos días a una bradicardia, o lentitud de pulso, que

---

27 Archivo de la familia Castán.

28 Antonio Zozaya You, discípulo de Giner de los Ríos, periodista y escritor, fue el fundador de Izquierda Republicana.

29 Tomás Romero Martín-Toledano, abogado y periodista de *El Liberal*.

30 Miguel Gayarre Espinar, destacado neurólogo e histopatólogo formado en Alemania, fue colaborador de Ramón y Cajal y de Luis Simarro. En neurología impulsó la rehabilitación de hemipléjicos. Como psiquiatra dirigió el manicomio de mujeres de Ciempozuelos y fue médico jefe del Sanatorio de Nuestra Señora de los Ángeles, en Madrid. Datos tomados de Luis Valenciano Gayá, *El doctor Lafora y su época*, Madrid, Morata, 1977, p. 55.

31 Ricardo Royo Villanova fue un prestigioso médico y escritor zaragozano. Destacado fisiólogo, con el tiempo sería catedrático de Patología Médica de la Facultad de Medicina y rector de la misma. Fue asimismo presidente del Ateneo de Zaragoza. Cabe comentar que, junto con Joaquín Montestruc, intervino de una hernia a Manuel Bescós.

descendió a 46 pulsaciones por minuto; albuminuria y ligero edema pulmonar, más intenso en el lado derecho.

Por ahora el tratamiento a que debe someterse el enfermo es: dieta exclusivamente láctea, frecuentes cambios de postura o variación en los decúbitos, y administración de “nefrina”, siendo peligroso el traslado inmediato a clima mejor, ante los riesgos de accidentes urémicos graves. Esta contingencia podrá alejarse si, por el tratamiento establecido, se modifican la lentitud del pulso, edema de pulmón y la albuminuria, en cuyo caso el traslado sería practicable y beneficioso.<sup>32</sup>

En sus declaraciones —siempre según *El Liberal*—, los médicos se mostraban optimistas y desmentían que peligrasen las facultades mentales del enfermo. Al día siguiente lo volvieron a ver y tomaron rumbo hacia sus respectivos destinos. Allí había terminado su función. Costa, contradiciendo los comentarios de los periodistas relativos a su amabilidad, mostraba su disgusto con amargura:

Estos señores llegan de Barbastro, de Barcelona, de Zaragoza, de Madrid, simulando cogerles de paso para que el enfermo no los eche a la calle. Uno se presenta tocado con estupendo gorro carmesí [Royo Villanova]. [...] Son pesimistas. Recetan [...].

¡Cómo se ríe Balbina, y qué aire tan picaresco adopta!

—Mi tío no injería ninguna medicina, y todas pasaban intactas de la mesita de noche al corral.<sup>33</sup>

A su llegada a Madrid, el doctor Gayarre hacía más precisiones en torno al diagnóstico. Opinaba que padecía una “nefritis intersticial, cuyas consecuencias son la albuminuria y el edema pulmonar”. Este diagnóstico incluía como único signo favorable “que la lengua no estuviese seca, en cuyo caso era de temer la aparición de uremia”. Dijo también que la hemiplejía había cedido y que el paciente se expresaba con dificultad, aunque mantenía la mente despejada. Sin embargo, no creía conveniente el desplazamiento de Costa a Málaga (ofrecimiento de Laureano Rosso) ni a Alicante (ofrecimiento del doctor Esquerdo).

A la luz de los conocimientos de la época, se trataba de juicios clínicos erráticos, poco precisos y alejados de la realidad que hoy día definiríamos en el paciente como portador de una cardiopatía hipertensiva y una nefropatía hipertensiva y diabética, con las consecuencias lógicas de bradicardia, “dureza de pulso”, albúmina y glucosa en orina en gran cantidad, así como urea y glucosa en sangre muy elevadas también. Entonces se entendía la albuminuria como una entidad nosológica aislada y no como un síntoma del fracaso renal. En virtud de aquella peculiaridad se prescribía dieta láctea con la finalidad de reponer aquello que se estaba perdiendo. Utilidad teórica similar tendría la nefrina, sustancia que se obtenía a partir de extractos de riñón. Evidentemente se desconocía la fisiopatología de la diabetes y al exceso de glucosa no se le concedía tanta importancia como a la pérdida de albúmina por la orina.

Royo Villanova también hacía declaraciones a la prensa desmintiendo cualquier infundio en torno a Costa, pues se hablaba de desequilibrio, de enfermedad mental. En unas extensas declaraciones procuró describir la génesis de su enfermedad exclusivamente del tejido muscular.

32 *El Liberal*, 27 de enero de 1911. Ninguna mención, por cierto, a la glucosa en orina.

33 Manuel Ciges Aparicio, *op. cit.*, p. 102.

Mientras unos volvían a Madrid, otros iban a Graus. Tomás Costa, el hermano de Joaquín, a quien este rechazaba desde 1900 por causas que se han intentado dilucidar,<sup>34</sup> vio en la gravedad de que le avisaba Martina por telégrafo el momento de acercarse, acompañado de su esposa, Luisa, y se puso en viaje no sin antes contar si fuera preciso con el apoyo profesional de un amigo médico, el doctor Zaldívar.<sup>35</sup> El matrimonio llegó a Graus el día 1 de febrero por la noche, coincidiendo con una “notable agravación del estado del enfermo”. Este hecho hizo que la familia solicitase con urgencia la presencia del doctor Andrés Martínez Vargas (*el primo Andrés*), que estaba en Barcelona, y la del doctor Zaldívar, que seguía en Madrid. Costa, que estaba consciente, reaccionó violentamente ante la presencia de su hermano, a quien le impidió entrar en la estancia; no hizo así con su esposa, Luisa Sánchez, por la que había mostrado simpatía desde que la conoció.

En estos días Vicente Castán acudía a diario y tomaba nota del número de pulsaciones y de la temperatura. Asimismo, vigilaba la medicación oral y le aplicaba inyecciones de caféina. Mantenía con él conversaciones de recuerdos e intimidades, pero iba constatando el deterioro de la conciencia. A lo largo de la tarde del día 2 se hicieron patentes los síntomas de una “retención intestinal”. El doctor Martínez Vargas, que llegaba entonces, decidió el empleo de “purgantes enérgicos”, tras cuyo efecto las pulsaciones subieron a 56 y pasó la noche tranquilo.

El día 3, viernes, volvió Martínez Vargas a visitarlo. Al parecer lo encontró más despejado. También fue Vicente Castán, quien recogió orina para ser analizada en la farmacia. Según declaraciones del primero,

[...] el estado actual de Costa pone en grave peligro su vida. Independientemente de la atrofia muscular, padece una nefritis con albuminuria y glucosuria. La temperatura oscila entre 35 y 36 grados, y el pulso es variable entre 38 y 60 pulsaciones por minuto.

Martínez Vargas creía “haber resuelto un estado previo de edema cerebral con los purgantes”.

Por la noche llegó Zaldívar. Costa seguía despierto. Había venido también desde Madrid el fotógrafo Ramón Alba,<sup>36</sup> pero el enfermo no consintió en que lo retratase. Tampoco mosén Lucas, su tío clérigo, consiguió ese día que “se retractase de sus errores en materia de fe para poder morir amparado por los sacramentos”.

Contamos con la crónica de aquellos momentos recogida en apuntes de Vicente Castán:

Vinieron los doctores Royo Villanova, Gayarre y Gómez, y presenciábamos los vecinos anonadados cómo ni Liebig, ni Berceus, ni Souberain hubiesen analizado con más prontitud que el doctor Royo las orinas de nuestro sabio. Sin casi líquido a analizar, ni calor; sin averiguar la reacción de la orina y sin ácido redisolvente, afirmó la existencia de albúmina y el tanto por ciento de 20 gramos que

---

34 Venancio Díaz Castán, “Tomás Costa: una vida a la sombra de su hermano”, n.º 33 de la revista *Joaquín Costa*, e. p.

35 Arturo Zaldívar Ruiz era un médico madrileño que en aquellos años tenía su consulta en la Corredera Baja, n.ºs 15 y 17. Dado que dos de sus cartas a Tomás Costa las escribe desde Santa Olalla, municipio de Toledo cercano a Los Navalalmorales, es de suponer que la amistad procedía de una coincidencia de intereses y que este médico fuese oriundo de la zona.

36 El fotógrafo Ramón Alba recibió la Cruz del Mérito Militar con distintivo rojo por su atención a los heridos de la guerra de Marruecos.

contenía. Ni el reactivo de Esbach, ni la solución de ácido fénico, ni estufa de Gay-Lussac, ni filtraciones de orina, fueron precisas para determinar. Y nosotros, pobres pigmeos, que nos pasamos cursos enteros estudiando análisis al lado de hombres ilustres, no podíamos suponer un cambio tan radical en la química. Además: se ha querido convertir a nuestro amigo en una fábrica de azúcar, ya que según el análisis del doctor Royo (hecho en Zaragoza) acusaba 250 gramos de azúcar por litro y, siendo la cantidad expelida diariamente tres litros, más o menos, arroja un total diario de ¡750 gramos!

Más tarde, los doctores Martínez Vargas y Zaldívar nos orientaron sobre la dolencia de Costa. Del análisis que hicimos con el primero dedujimos la existencia de albúmina y glucosa. De la primera, repetida la operación varios días, acusaba el primero 2 %, o sea, seis gramos en las 24 horas; en el segundo 1,50 %, o sea 4,5 gramos; en el tercero 1,50 %, pero como la cantidad expelida de orina fue menor (dos litros), resultó tres gramos de albúmina... No se hizo uso de la nefrina, porque siendo esta sólida y cristalina, y habiendo sido prescrita para tomar 30 gotas por la mañana, 30 al mediodía y 30 por la tarde, no se cuidaron de indicar la dosificación en que había de ser disuelta.<sup>37</sup>

Vicente Castán se queja amargamente de la frivolidad con que se obtuvieron aquellos datos a todas luces erróneos. Vemos que a pesar de que el esfignomanómetro estaba ya difundido desde 1896, en Graus no se disponía de él y por tanto no aparecen en los registros cifras de tensión arterial, cuya elevación se deducía por las características del pulso. No era posible la determinación de la glucosa en la sangre (glucemia), ni todavía se relacionaba la diabetes con el disturbio de la función endocrina del páncreas y su secreción de insulina.

Desde Madrid Carmen Gómez de Alía, suegra de Tomás, se apresuraba a mandar por encargo de este varias cajas de ampollas de cafeína y de esparteína, así como jeringas, agujas y un infiernillo para los baños de vapor.<sup>38</sup> Tomás, que aún no había podido estar al lado de su hermano, renunciaba incomprensiblemente a comprar los medicamentos en cualquiera de las dos farmacias de Graus.

El día 4, sábado, volvieron a visitarle los doctores Martínez Vargas, Zaldívar y Joaquín Gómez, quien por voluntad del paciente se hacía cargo del enfermo de manera directa y continuada. Hicieron de nuevo declaraciones sobre la enfermedad similares a las anteriores y dispusieron un tratamiento:

Régimen láctico absoluto mientras no disminuya la cantidad de albúmina en orina; inyecciones de cafeína y esparteína<sup>39</sup> en los momentos en que decaiga el corazón; infusión de digital y los preparados de nuez kola<sup>40</sup> y quina para tonificarlo, y purgantes drásticos cuando haya riesgo de derrame y congestión cerebral...

Parte médico:<sup>41</sup> Hoy ha continuado la hipotermia y el pulso lento oscilando entre 32 y 38 por minuto. A las doce de la mañana se le administró un baño de vapor para provocar la reacción y dos inyecciones de cafeína de diez centigramos cada una. Esta crisis que atraviesa durará cuatro o seis

---

37 Memorias de Vicente Castán. Archivo de la familia Castán.

38 AHPHu, COSTA/000072/017-05(5875), carta de Carmen Gómez de Alía a Luisa Sánchez de la Cueva y Gómez de Alía, 4 de febrero de 1911.

39 Esparteína, alcaloide extraído de la genista que se utilizaba como tónico cardíaco.

40 Extracto de nuez cola, extraído del árbol africano de la cola. Contiene una gran cantidad de cafeína. Se usaba como tónico cardíaco.

41 Nota de los periodistas Tomás Romero y Pedro de Répide a la prensa por telégrafo.

días. Zaldívar encuentra la gravedad en la anormalidad del corazón, el pulso y la calorificación. El tratamiento tiende a normalizar estas tres funciones. Conseguido esto la mejoría sería rápida, volviendo el enfermo a su salud habitual. ¡!

Y comenzó la gente a desfilar. Martínez Vargas se fue a Barcelona, y los periodistas Tomás Romero y Pedro de Répide a Madrid. Quedó por la tarde Zaldívar vigilando al enfermo en el baño de vapor y esperando su reacción. Pero Costa se agravaba ostensiblemente, estaba con sopor: se iniciaba el coma. Zaldívar lamentaba no poderse quedar por más tiempo y aludía a sus muchas obligaciones. En breve tendría que atender en Madrid a la suegra de Tomás, quien tras un breve periodo de agravamiento falleció dos meses más tarde.

Unos y otros habían cumplido desde el punto de vista político. Para la opinión pública de España, Costa había sido atendido por buenos especialistas que ya no podían hacer nada más por él. Era del todo conveniente guardar las apariencias.

Zaldívar se marchó al día siguiente y quedaron con el enfermo la familia y su médico homeópata Joaquín Gómez. El día 6, lunes, según publicaba *El Liberal*, habían mejorado el pulso y la temperatura; sin embargo, el análisis de orina remitido por Martínez Vargas desde Barcelona acusaba 20 gramos de glucosa por 1000 mililitros y 1,5 gramos de albúmina, lo que les hacía alentar esperanzas. No sabemos si era burla o insensatez, porque el paciente continuaba en estado de estupor y apareció por primera vez la fiebre.

Día 7, martes. Se incrementó la disnea (dificultad para respirar) y aparecieron convulsiones. Por la noche le inyectaban 150 centímetros cúbicos de suero de Hayem,<sup>42</sup> inyección que se volvió a repetir a las cuatro de la mañana por persistir la disnea y las convulsiones. La fiebre subió a 39 grados. Ya no orinaba nada y el estado de uremia<sup>43</sup> era patente, a pesar de lo cual el doctor Gómez indicó un sondaje vesical, que obviamente no dio resultado por no haber orina en la vejiga. A última hora de la tarde volvió a prescribir “baño general, una sangría y una fuerte inyección de suero”. Al final del baño pronunció sus últimas palabras: “Ya sudo”.<sup>44</sup> Y volvió a caer en coma cuando eran las diez de la noche. Costa estaba ya en periodo agónico.

Tomás Costa, impedido hasta entonces de entrar en la habitación, comenzó a tomar las riendas del despropósito. Con evidente ansia de notoriedad, en compañía de los periodistas, hizo la solicitud en la estación telegráfica regentada por Virgilio Falche Aguilar de que se reforzase el servicio y se prolongase a las veinticuatro horas del día.

El agravamiento, con fiebre, sopor y convulsiones, fue progresivo. Hacia las tres y media de la mañana la familia pedía los auxilios espirituales del párroco de Graus. Estaban presentes, además de Tomás, el doctor Gómez y las sobrinas Carmen y Balbina.<sup>45</sup> Ramón Auset, el sufrido ayudante, esposo de Carmen, había sido enviado a la farmacia a por un medicamento prescrito por Gómez, posiblemente un opiáceo. A las cuatro y cuarto de la mañana Costa espiraba.

---

42 Suero fisiológico, al que le atribuían propiedades terapéuticas.

43 Elevación de la urea en sangre. Al ser expelida esta por la respiración, resultaba perfectamente detectable.

44 Comunicación verbal de Ramón Auset a George J. G. Cheyne que este refleja en su biografía de Costa.

45 *El Liberal*, 8 de febrero de 1911.